



SE IMPRIME
Por la Imprenta HISPANO-URUGUAYA
CALE DEL OLIMAR, 149
SALIENDO LOS DIAS
Martes, Jueves y Sábados
POR LA TARDE

EL CLAMOR PÚBLICO

SUSCRICION

Por un año \$ 10.00
Por seis meses 5.50
Por un mes 1.00
Número suelto 0.10
Número atrasado 0.20

DIRECCION Y ADMINISTRACION } CALLE DEL OLIMAR, Núm. 149

PERIÓDICO INDEPENDIENTE

ADMINISTRADOR—SEBASTIAN B. TORRES

Los remitidos que revistan interés público se publicarán gratuitamente, pagándose a razón de 15 pesos columna los de interés particular, y en ningún caso se devolverán los originales.

No se admitirá escrito alguno que no esté amoldado a los principios del programa y garantido en debida forma. La publicidad de un escrito no autoriza la exigencia gratuita del número.

ALMANAQUE

Domingo 6—San Donaciano, obispo.
Lunes 7—Santa Regina, vg. y nr.
Martes 8—La Natividad de N. S.
Sale el sol a las 6 y 10 y se pone a las 5 y 40.

EL CLAMOR PÚBLICO

Instrucción Primaria

El hombre, ser de organización privilegiada entre los seres diversos que pueblan el mundo, buscó en seguida en la alianza con sus semejantes los medios de desenvolver aquellos gérmenes de superioridad inmaterial que dentro de sí sentía.

Así pues, la sociedad nació con los hombres, sin ella jamás hallaríamos la satisfacción que nos producen nuestras nobles aspiraciones.

Las conquistas de la inteligencia sobre el pasado, su poderío al presente y sus triunfos para el porvenir, nos demuestran claramente que el hombre fue creado con un destino bien superior al de los demás seres, y solo realizables en la esfera social.

La fuerza, en constante lucha con la inteligencia, termina por sucumbir bajo ésta; pues, los fines providenciales reconocen en la sociedad el elemento en que han de desenvolverse, y en el hombre el instrumento con que han de realizarse.

El saber es el agente que nos vivifica, mas como es preciso para alcanzarle poner en acción los medios que nos enseña la experiencia, he creído oportuno exponer algunas consideraciones respecto al mas importante de todos éstos, es, la instrucción primaria.

Puede considerarse ésta como la llave de todos los conocimientos, mas puesta en manos de los gobiernos, vemos que unas veces ha estado mal dirigida por error, y otras por interés de cálculos. En los pueblos de la antigüedad los sacerdotes eran los maestros, resultando de esto que el clero para conservar su predominio se interesaba en la ignorancia de las demás clases, reduciendo la enseñanza a los rudimentos de lectura necesarios para aprender el catecismo.

Reducida pues la instrucción primaria a tan estrechos y oscuros límites, ocultas para la generalidad las ciencias morales y políticas; luchando el pueblo contra la servidumbre y la miseria; y bien hallados los gobiernos con tal situación, quedó el desarrollo intelectual casi totalmente interrumpido, faltarle estímulo y alimento.

Los maestros viviendo apenas de retribuciones limosneras, sumidos en el fondo de las últimas clases sociales, huían las importunas miradas de muchos y los epigramáticos chistes de todo ser ignorante.

Así el elemento social, o a imposible no solamente el progreso, sino también la existencia misma del cuerpo político. Para restablecer el necesario equilibrio ha sido preciso la gran propaganda filosófica de nuestro siglo que trajo consigo reformas importantes introducidas en la instrucción.

Su perfeccionamiento, viene mar-

cándose al compás de los grandes adelantos de que somos deudores al espíritu fecundo de esta época esencialmente regeneradora, encarnando en las modernas instituciones.

La ley de la necesidad así lo exige.

A los gobiernos despóticos con vienen pueblos ignorantes; a los gobiernos libres, pueblos ilustrados.

A los vasallos les basta saber obedecer sumisos, a los ciudadanos nos se los exige juicios ilustrados.

En posesión la sociedad modernizada un régimen asonante sobre la publicidad absoluta y el libre examen, es de todo punto preciso acomodar a él las costumbres del pueblo, lo cual solo puede conseguirse generalizando la instrucción.

Dejada aprovecharán a un pueblo las instituciones mas sabiamente combinadas si se desconoce su mecanismo y los medios de utilizarlas.

De nada servirán las garantías personales y los derechos políticos si se desconoce la racional apreciación de aquéllas y el carácter de importancia de éstas.

De nada servirán, por último, las armas de mayor precisión y mejor acabadas, puestas en manos inespertas que desconocen su uso. Antes bien, esas instituciones, esos derechos, esas garantías y esas armas se convertirán en daño de las mismas en cuyo obsequio se han creado; por lo mismo que todo lo perfecto, así en lo moral como en lo físico, adquiere con la precisión una fuerza superior, doblemente sensible, en bien ó en mal, según el sentido en que se aplique.

Esto sentado, para hacer fecundar la semilla de la instrucción en la mente de la infancia, Dios ha colocado a la madre en el hogar, y la sociedad al maestro en la escuela. ¿Dónde hallar a ejes garantías que en esas dos sublimes encarnaciones de lo divino y lo humano? El hogar y la escuela son los dos maravillosos invernáculos donde se salvan las tiernas plantas de la humanidad: la madre y el maestro les prestan alternativamente el calor, alimento del cuerpo, y la instrucción, sávia del espíritu.

Concluyese de aquí que el maestro debe ser de todos considerado, debiendo comprenderlo así los gobiernos, pues de este modo la instrucción será tan perfecta como cumple a la gloria de Dios y al provecho de los hombres.

Si la criatura tiene, en cuanto a ser animado y sensible, derecho natural a ser alimentada y cuidada a sus necesidades materiales, gozará de tenerlo a la asistencia moral, que interesa a su racionalidad, carácter eminente y distintivo, por medio del cual se guía a su Creador? Sería una aberración negarlo. Y tenemos que, lo que es derecho en el hijo, se convierte en deber para el padre; mas como quiza que el Estado

es el supremo tutor, de aquí el ser privativo de su autoridad, procurar que los derechos y los deberes tengan el debido cumplimiento. Esta pues, dentro de sus atribuciones a labigar a los padres a que procuren para sus hijos la instrucción primaria.

Verdtegui.

SECCIÓN AMENA

Memorias íntimas del teatro

BOLOS Y EMBOLADOS

La farsa de bastidores es como ninguna, pintoresca é incomprensible, como pocas, en muchos casos.

Hay tiempos y yociblos cuyo origen y significado nadie sabe explicar y cuya aplicación es, por tanto, convencional, absurda ó arbitraria.

Cuando, por ejemplo, al repartir una comedia se agota el personal de la compañía y aun queda por repartir algún papel de poca importancia, tal como guardia de orden público, que habla poco, ó criado que sale a entregar una carta y vase, etc., etc. se echa mano de un elemento extraño, el cual, elemento no trabaja, mas que mientras se representa aquella obra, al elemento en cuestión se le llama *Bolo*.

Es decir, yo no he averiguado todavía si el *Bolo* es el papel ó el que lo representa, porque he oído decir indistintamente: «Fulano, está de *Bolo* en tal parte.» O: «Fulano hace un *Bolo* en tal teatro.»

Me inclino a creer, sin embargo, que el *Bolo* es el papel—por las condiciones especiales en que se ejecuta... ó por otras razones no averiguadas todavía.

Me fundo—para inclinarme en ese sentido—en que uno de los varios que se dedican a tan accidental y moveliza ocupación, ha preguntado algunas veces, en tono de súplica, a un mi amigo, autor dramático: —D. Fulano, ¿cuando me reparte usted, algún *Bolo*?

—Hombre, ya veremos; cuando haya ocasión.

—¿Qué trabajo le cuesta a usted poner mucha gente en sus obras?

El *Bolo* (ó el que hace de tal) nos suele ser cómico de profesión.

Sería preciso que el cómico sin contrata se viese muy apurado para que aceptase tan humillante proposición, porque es de advertir que por ese trabajo, que suele ser facilísimo, solo se pagan dos pesetas diarias, cobradas mediante recibo y sin figurar en la nómina.

El *Bolo* (que algunas veces lo es de todas maneras) es hombre de modestas aspiraciones, no suena siquiera con el arte, y si pide a Dios de todas veras que la obra guste mucho y se represente muchas noches, es tan sólo por mor de las pesetillas que ha de cobrar a diario mientras dure la que pomposamente llama ganga.

Ese *journalero* suele ser de casa, es decir, del teatro mismo donde actúa por carambola alguna que otra vez.

Unas veces es el traspunte (si puede cambiar el *Bolo* con su obligación), otras el avisador, otras un *atitencia*...

ó un pariente de algún empleado de la casa que se pasa la vida entre bastidores, por no tener cosa mejor que hacer... ó por estar preconcebido a la casa del *Bolo*.

Creo que entran tambien en la categoría de *Bolos* esas personas habilitadas y por extremo necias tras el arte escénico, que habrán rebuznado imitando a la perfección el canto del gallo, de la perdiz, de la colomiza y de cuantos animales necesitan los autores dramáticos para hacer más interesantes ó más divertidas sus producciones.

Esos *Bolos* no tienen que dar la cara al público, que por lo general lucen sus habilidades entre bastidores.

En la contaduría de algún teatro he visto recibis, trazados con destre ortografía, que decían (ó querían decir) sobre poco más ó menos:

«Por, Fulano (ó rebuznar) tantas veces, en tal obra, tanto.—Fulano de Tal.»

Algunas veces, además del recibo he tenido el gusto de ver al propio interesado, es decir, al que habra rebuznado ó actuado de ave... y confieso ingenuamente que le he contemplado con verdadera admiración—aunque sin envidia.

Y vean ustedes lo que es la ficción escénica.

Aquella cordón que figura en el hermoso suete *Papa la freidubna*, y que al decir de la *Verdadera* mayorada siete go, pes, lo que no da nadie en el mundo) era (en la cuestión del canto) un sujeto *desmirriado* y enteco que, no digo yo siete go pes, pero ni siquiera uno podría dar.

Así son las cosas del teatro.

Ha habido quien diga sobre la escena:

«Con quince luché en Zimora y a los quince los vine» y al retirarse a su casa, terminada la función, se ha dejado cobrar la expa por cualquier ratero vulgar y cobitde.

Y es que la contadición, dentro y fuera del teatro, es la primera y más impudica ley de la existencia, y no habia de estar el *Bolo* fuera del alcance de esa ley, toda vez que, aunque *Bolo*, es también persona.

Y vamos con los *Embolados*.

Por eso es que hablo al principio misteriosas é inexplicables razones que *informan* la farsa teatral, sé lo que es un *Embolado*; pero ignoro la etimología, la raíz de la palabra y el por qué de su aplicación, en lo tocante a su significado y a la relación mis ó menos directa que pueda tener con la bola, ó bolis, a que pueda referirse.

Los cómicos llaman *Embolado* a todo personaje de comedia mal colocado dentro de la acción, ó sin carácter definido, ó que sale por primera vez en las últimas escenas, a distraer la atención ó a provocar la extraneza del público, porque ya no cuenta con él, ó que haba mucho, sin ningún fruto, y cuyos personajes son los que suelen pagar el pata si la obra va mal, y muchas veces aun que vaya bien.

Ocioso es decir el horror que tienen los cómicos a los *Embolados*; tanto, que hay cómico que ve *Embolados* por todas partes, y que para su tranquilidad (si el cómico puede estar

tranquilo alguna vez), debería llevar siempre el *capote* al brazo.

Es ley de verdad, hay *papelitos* en algunas obras que dislocan al más pintado, y sabido es que hay cómicos que se *putan* más de lo conveniente.

Conozco yo (y ustedes tambien) a un empresario que, cuando tiene uno de esos compromisos ineludibles nacido de una recomendación, que no hay más remedio que atender, y véase forzado a contratar a un primer premio del Conservatorio ó a un *aficionado* de punta, le contrata *condición*almente, a prueba (como las *rosas* quillas del santo) y en seguida le reparte el galán joven de cierta comedia muy aplaudida (el cual galán joven es el primario de los *Embolados* conocidos); debuta el novel actor, el público se lo agradece... y el empresario de mi cuento dice al padrino del artista incipiente:

—No sirve para mi compañía; este teatro es muy delicado y aquí hay que tentarse la ropa para agradar a los merenos. Lo siento mucho y otra vez será.

La misma noche del estreno de la comedia a que aludo, ya cayó mal el galancito joven que ha venido a quedar luego como recurso, ó mas bien, *puntilla*, para despejar el ruido de indites estorbos.

¡Cuántos jóvenes temerarios han principiado y terminado su carrera en una sola noche, *gracias* a ese *papelito* sa vador!

Porque es justo dejar consignado, que el empresario que tal recurso emplea, tan solo lleva al sacrificio al que lo merece en justicia, y que puede que sea el empresario que mayor número de actores ha *hecho*.

Pero hay cada primer premio y cada *aficionado*...

El procedimiento me parece excelente. Se le saca como *Embolado*, y en seguida se le echa al corral... es decir... fuera del Corral de las Comedias...

Conociendo en cierta ocasión, hace ya muchos años (y digo, que haba ya muchos años para que, nadie se dé por aludido), a un actor de segundo orden, marido de una segunda dama muy guapa y muy generosa, el cual actor creía, como todo el que vale poco, que estaba postergado y que el director y primer actor de la compañía no le daban papeles brillantes... por que lo tenían miedo.

Lo cual ora mucha verdad: el director lo tenía un miedo espantoso... aunque no en el sentido que él se figuraba, sino, precisamente, por lo contrario.

Excusado es decir que todos los *Embolados* iban a parar a aquel pobre hombre, que unas veces paraba despreciable y otras veces llevaba su *menito* correspondiente.

A no ser porque su mujer estaba bien colocada dentro del cuarto, él se habia marchado antes de sufrir tantas humillaciones.

Porque era lo que él decía:

—Siendo yo un cómico de punta, ¿por que ha de estar nadie sobre mí? Si no fuera porque a Pata (su mujer), le dió el sitio que le correspondía, arribaba halla Dios es Cristo, pero buza mayor quita menor.

